

cuales contestaron la reina y el infante agradeciéndoles su ofrecimiento, pero añadiendo que aquel año (1409) tenían pactada tregua con los moros.

Tampoco desatendía el infante don Fernando el interés y el provecho de su propia casa y familia, y en aquel período de paz, como hubiesen muerto los grandes maestros de Alcántara y de Santiago, agenció y negoció con viva solicitud y empeño ambos maestrazgos para dos de sus hijos, logrando que fuese conferido el primero á don Sancho, el segundo á don Enrique. Hizo igualmente que fuesen ratificados por los procuradores del reino los desposorios antes concertados de su hijo don Alfonso con la princesa doña María, hermana del rey.

No habia podido Yussuf renovar y prolongar la tregua, aunque lo habia solicitado: deseaba el infante acreditar su esfuerzo en las lides y dejar al rey su sobrino ensanchados los límites de la monarquía castellana. Asi, aun sin esperar á que las aguas y el sol de la primavera vistieran de verde los campos, salió de Valladolid para Córdoba (febrero, 1410) con el fin de preparar y activar la nueva campaña. Allí reunió los principales caballeros y los más acreditados adalides: celebró consejos para determinar hácia qué parte con vendría llevar primeramente la guerra, y oídos los diferentes pareceres resolvió por sí el infante acometer á Antequera, una de las ciudades más importantes del reino granadino, y cuya fértil vega solo es com-

parable á la de la capital. A mediados de abril se pusieron en marcha las huestes cristianas, capitaneadas por el mismo infante. Cuando habian atravesado las llanuras de Ecija, presentóse el caudillo de la legion sevillana don Perafan de Ribera, que llevaba la venerable espada de San Fernando para armar con ella otra vez el brazo del intrépido infante castellano: éste se apeó del caballo para recibirla, y con la rodilla en tierra tomó y besó aquella reliquia militar que recordaba y representaba tantas victorias. A las márgenes del rio Yeguas, límite de los reinos cristiano y musulman, se arregló el orden que habia de llevar el ejército, cuya vanguardia se encomendó á don Pedro Ponce de Leon, señor de Marchena: capitaneaban los demas cuerpos el condestable Ruy Lopez Dávalos, el almirante don Alfonso Enriquez, y don Gomez Manrique, adelantado de Castilla: el cetro le conducia el infante, y entre otros personages y caudillos se veia al obispo de Palencia, don Sancho de Rojas, armado de todas armas como los demas campeones. El 27 de abril acampó el infante á la vista de Antequera con dos mil quinientas lanzas, mil caballos y diez mil peones, y desde luego tomó medidas para atacar vigorosamente la plaza.

Por su parte el emir granadino no habia estado ocioso, habia hecho predicar la guerra santa en las mezquitas, y todos los guerreros del reino habian recibido orden para reunirse en Archidona: los dos her-

manos del rey, Cid Ali y Cid Ahmed, habían aceptado el cargo de caudillos, y congregáronse en aquella ciudad cinco mil ginetes y sobre ochenta mil soldados de á pié (1). Avistáronse ambos ejércitos en uno de los primeros días de mayo, y el 6 se comenzó el combate con gran gritería por parte de los moros y con grande estruendo de atabales y trompétas, dirigiéndose á las alturas de la Rábita, donde se había atrincherado el obispo de Palencia, don Sancho de Rojas, pero fueron rechazados por los soldados del obispo reforzados con la hueste de Juan de Velasco. Los príncipes moros, Cid Ali y Cid Ahmed, se pusieron á la cabeza de sus columnas: los cristianos peleaban entusiasmados al ver al infante blandir la espada de San Fernando, y un monge del Cister escitaba su ardor religioso recorriendo las filas y predicando con un crucifijo en la mano. Las turbas agarenas, mucha parte de ellas indisciplinadas, no pudieron resistir el ímpetu de los guerreros castellanos; la victoria se declaró por éstos y los infieles huyeron á la desbandada á guarecerse en las escabrosidades de la tierra. Camino de Málaga y de Cauche seguían las huestes de Gomez Manrique y de Pedro Ponce de Leon á los fugitivos, sembrando de cadáveres los campos: el infante

(1) Este número es el que dan en su Historia de Granada ha al ejército de Yussuf así los Arabes de Conde como la Crónica de don Juan II.—Lafuente Alcántara puesto, sin duda por distracción, cincuenta mil ginetes.

con sus compañías se movió hácia la Boca del Asno (1), donde los moros habían tenido su real, dando orden al comendador mayor de Leon para que vigilára los moros de la plaza é impidiera su salida. Con mucho trabajo recogió la gente que se hallaba enfrascada en el botín, y se volvió á sus reales á dar gracias á la Virgen María por el triunfo con que había favorecido á los cristiaaos. Mas de quince mil moros habían perecido en aquel combate, segun el recuento que se supo había hecho el rey de Granada; casi insignificante fué la pérdida del ejército cristiano: inmenso el botín que dejó el enemigo, tiendas, lanzas, alfanges, banderas, albornoces, caballos, riquísimas alhajas, y hasta quinientas moras quedaron cautivas. El infante nada quiso para sí sino la gloria del triunfo, y solo tomó un hermoso caballo bayo que encontró en la tienda de los príncipes moros. Apresuróse á dar á la reina noticia de tan señalada victoria, y en toda Castilla se hicieron procesiones y regocijos públicos (2).

Faltaba rendir á Antequera, objeto principal de la campaña. Forzoso es admirar el valor heróico de los musulmanes allí cercados, y señaladamente de su caudillo Alkarmen, que lejos de desfallecer con la terrible derrota de los suyos que habían presenciado, se mantenían impertérritos y respondían con altivez á

(1) Llábase así una hendidura ó corte de la cordillera que se prolonga hácia Mediodía, y es el paso para la costa de Málaga.

(2) Crón. de don Juan II. A. IV. c. 9.—Valla, De rebus á Ferdinando gestis, lib. I.

los que desde fuera les hablaban de rendirse. Hizo el infante construir bastidas y castillos portátiles para el ataque de la plaza, pero los disparos y descargas que los de dentro hacían destruían las máquinas y destrozaban á los encargados de las maniobras, en términos de arredrar al condestable Ruy López Dávalos que las dirigía. Igual destrozo hicieron en otras nuevas bastidas manejadas por los intrépidos soldados de Garci Fernandez Manrique, de Cárlos de Arellano y de Rodrigo de Narvaez, principalmente con una formidable lombarda que tenían colocada en la torre del Homenage, hasta que un diestro artillero alemán que militaba en el campo castellano logró con certera puntería apagar sus fuegos. Tratóse de obstruir el foso, pero el fuego de la plaza hacía tal mortandad que nadie se atrevía ya á aproximarse á la cava. Entonces el infante dió un ejemplo de personal arrojo y bravura, tomando con sus propias manos una espuerta, llegando por entre una espesa lluvia de balas, de piedras y de flechas envenenadas, hasta el borde del foso, donde la vació diciendo: «*Habed vergüenza, y haced lo que yo hago.*» La escitacion surtió su efecto. Cárlos Arellano, Rodrigo de Narvaez, Pedro Alfonso Escalante y otros bravos campeones penetraron por entre montones de cadáveres y quedaron ellos mismos heridos, pero el foso se cegó y pudieron aproximarse las bastidas. Sin embargo, el brioso Alkarmen hizo una vigorosa salida.

acuchilló muchos soldados y deshizo otra vez las máquinas. Resolvió el infante dar el asalto la mañana de San Juan, y un furioso temporal que se levantó hizo diferir esta operacion por tres dias. Volvió á intentarse el 27, pero el éxito fué fatal á los cristianos. Sin dejar de continuar el sitio hacíanse incursiones en la tierra de los moros, y cada dia había reencuentros y escaramuzas, y era un pelear incesante y un combatir sin descanso.

Un emisario del rey de Granada, llamado Zaide Alamin, llegó á proponer al infante de parte de su soberano, que quisiese descercar á Antequera y ajustar una tregua de dos años. El infante respondió con dignidad, que estaba resuelto á no levantar el campo sin tomar la plaza, y que si treguas quería, fuesen con la condicion de declararse vasallo del rey de Castilla su sobrino, de pagarle las párias que acostumbraron sus antecesores, y dar libertad á todos los cristianos que tenía cautivos. Teniendo Zaide por inaceptables aquellas condiciones, intentó á fuerza de oro sobornar á algunos para que incendiasen el campamento de los cristianos. La conspiracion fué felizmente descubierta, y los culpables descuartizados y colgados de escarpas sus miembros. Para cortar las comunicaciones de los sitiados, hizo el infante levantar una tapia en derredor de la ciudad. Mas luego supo que Yussuf con todo su poder se aprestaba á acudir en socorro de los de Antequera, y él tambien hizo un

llamamiento general á las ciudades de Jerez, Sevilla, Córdoba, Carmona y otras de Andalucía. Solicitó nuevos subsidios: se impuso á los judíos un empréstito forzoso; el clero hizo considerables adelantos; la reina aprontó seis millones del tesoro del rey, y con estos recursos pudo el infante pagar su gente y activar los trabajos del cerco. Un hijo del conde de Foix vino al campamento cristiano atraído por la fama de tan noble empresa, y fué armado caballero por el infante. La Providencia deparó á éste el medio de privar de agua á los sitiados. Un judío fué el que reveló el postigo secreto por donde aquellos bajaban á surtirse de agua del rio. El infante ordenó que aquel postigo estuviera constantemente acechado, y á fuerza de vigilancia y de diarias refriegas se logró privar á los cercados de aquel recurso.

Conoció, no obstante, don Fernando, que era menester realentar su gente, algo abatida ya con las fatigas, los trabajos y las pérdidas sufridas en tan largo y costoso cerco. Al efecto envió á pedir á Leon el pendon de San Isidoro, que los antiguos reyes habian llevado á las batallas, y era una enseña de gloria para los cristianos. Grande fué el entusiasmo que produjo en el campamento la llegada de aquel sagrado estandarte, conducido por un monje, y escoltado por buena gente de armas. Aprovechó el infante aquel ardimiento inspirado por la devocion para apretar las operaciones del sitio y los ataques. Prodigios de valor eje-

cutaron sitiados y sitiadores; disputábanse los caballeros cristianos la gloria de subir los primeros á las esplanadas de las bastidas, y luchar cuerpo á cuerpo con los musulmanes. Al fin, despues de mil actos personales de heroismo, los pendones de Santiago y de San Isidoro, y las banderas de los caballeros y de los concejos ondearon en los torreones y almenas del recinto de la muralla, y los soldados de Castilla se precipitaron dentro de la poblacion degollando cuanto encontraban (16 de setiembre). Aposentado ya el infante en la ciudad, mandó combatir el alcázar donde Alkarmense habia retirado. No tardó éste en pedir capitulacion, ofreciendo entregar el castillo á condicion de que se les permitiera salir libremente y llevar lo que allí tenian. El infante contestó que no otorgaba mas partido ni escuchaba mas proposiciones sino que entregasen desde luego cuantos cautivos tenian, y ellos mismos se pusiesen á su disposicion y se encomendasen á su clemencia. «Antes morir, respondió altivamente el caudillo de los moros, que sucumbir á condicion tan ignominiosa.» Pero volvieron á jugar las máquinas, la fortaleza amenazaba convertirse en escombros, y no habian pasado dos dias cuando el arrogante Alkarmen enarboló otra vez la bandera de paz.

Abriéronse las puertas del castillo, y el conde don Fadrique y el obispo de Palencia, don Sancho de Rojas, entraron á tratar las condiciones de la entrega; redujéronse estas á perderlo todo los moros, menos

las vidas y los bienes muebles que pudiesen llevar, y que serian puestos en salvo hasta Archidona (24 de setiembre, 1410). Escuálidos y transidos de hambre evacuaron el castillo los pocos defensores que habian quedado: cerca de tres mil almas, escasos restos de una poblacion tan floreciente, los acompañaron á Archidona, si bien una parte sucumbió de inanición en el camino. La mezquita del castillo fué convertida en templo cristiano, donde se celebró una misa solemne en accion de gracias al Dios de los ejércitos. Concluidas las ceremonias religiosas, hízose la distribucion de las casas y haciendas entre los conquistadores: proveyóse al gobierno de la ciudad, cuya alcaldía se dió á Rodrigo de Narvaez, el mas bravo caballero de todo el ejército; entregáronse á los vencedores las fortalezas comarcanas de Tevar, Aznalmara y Cauche, y adoptadas otras disposiciones por el infante, regresó éste con el ejército vencedor á Sevilla, ostentando que no sin fruto para la causa cristiana habia empuñado la espada de San Fernando. Sevilla le recibió con festejos públicos.

(4) En 1849, á instancias y expensas del actual marqués de la Vega de Armijo, conde de Bobadilla, vecino de Madrid, fueron trasladados solemnemente los restos mortales de su ilustre progenitor don Rodrigo de Narvaez, de la parroquia de Santa Maria de Antequera, donde se conservaban en una urna de madera vistosamente labrada (cuyo dibujo poseemos) á

la insigne iglesia colegial de dicha ciudad. Segun resulta del expediente que al efecto se instruyó, y que original hemos visto, se conserva en Antequera la tradicion de haber sido estraido el cadáver de aquel famoso capitán de la iglesia de San Salvador donde primitivamente habia sido colocado, para presentarle, embalsamado como estaba y con las llaves de la forta-

Tal fué la gloriosa expedicion y conquista de Antequera, en que ganó el infante don Fernando muy alto y claro renombre, y por la cual muy justa y merecidamente se le dió, á ejemplo de los antiguos y mas insignes conquistadores, el título con que es conocido en la historia, de *don Fernando el de Antequera* (1).

Pero la campaña habia sido costosa, habia consumido los recursos del Estado, los pueblos no estaban ya para nuevos sacrificios, y los hombres necesitaban tambien de descanso. Ademas así el infante de Antequera como el rey Yussuf de Granada tenían motivos para desear la paz por sucesos y circunstancias especiales que habian ocurrido en cada reino. A los dos meses de haber emprendido el sitio de Antequera, va-

eza en la mano, al rey Enrique IV. cuando en una de sus expediciones á Andalucía pasó por aquella ciudad.

(1) En la Crónica de don Juan II. es donde con mas estension se refieren todos los hechos y lances de esta campaña.—Hablan tambien de ella Lorenzo Valla en su obra *Derebus á Ferdinando gestis*, lib. I., Ortiz de Zúñiga en los Anales de Sevilla, ad ann., las Historias de Antequera de Cabrera, García de Yedros y Solano, etc. Don Rodrigo de Carvajal compuso un poema titulado *La Conquista de Antequera*, que se imprimió en Lima en 1627, y le dedicó al rey Felipe IV.—Lafuente Alcántara los cita todos en su Historia de Granada, tom. III.

Durante el sitio de Antequera, divisáronse una noche las llamas de unas hogueras en el sitio llama-

mado *La Peña de los Enamorados*, que se halla entre Antequera y Archidona, las cuales habia encendido un centinela para avisar los movimientos de los enemigos. A esta señal los cristianos salieron del campo, y ganaron una señalada victoria sobre los infieles. El Padre Mariana dió tal importancia al nombre de aquella pena, que le puso por epigrafe á uno de sus capítulos (el 22.º del libro XIX).—Segun la tradicion del pais, dió ocasion á llamarse *La Peña de los Enamorados* la aventura siguiente.—Habia en Granada un jóven cautivo, de quien su señor hacia mucha confianza. Tenia éste una hija, la cual se enamoró del manco cristiano. Con el temor de que el padre descubriese sus amores, se resolvieron los dos á fuggarse de la casa y á buscar un asilo entre los parientes del esclavo.

caba en Aragon por la muerte del rey don Martin un trono que la Providencia tenia destinado para el infante don Fernando de Castilla <sup>(1)</sup>. Mientras estuvo ocupado en aquella empresa, no atendió á hacer valer sus derechos al trono aragonés, pero realizada la conquista, érale ya preciso no descuidar sus justas reclamaciones á una corona que le pertenecía, y que le disputaban otros pretendientes. Este negocio le habia de absorber toda la atencion, su amor de gloria estaba satisfecho con la conquista de Antequera, y por lo tanto apetecia la paz. Deseábala tambien, como hemos indicado, el rey de Granada, en cuyos estados habia sobrevenido la revolucion siguiente.

Al llegar los dos fugitivos amantes al pie de aquella roca, la jóven musulmana se sintió rendida de fatiga y se sentó á descansar. A los pocos momentos vieron llegar al padre que corria exhalado en su busca con gente de á caballo. Turbáronse los amantes, y no sabiendo que partido tomar, determináronse á trepar por aquellos riscos hasta ganar la cumbre. Dirigiáles el padre desde la falda de la roca furiosas amenazas, y amonestábalos la gente de su comitiva á que descendiesen é implorasen su perdón, como único medio de templar su enojo y salvar sus vidas. Ni amenazas, ni reflexiones, ni ruegos bastaron á persuadir á los enamorados. Fuéles ya preciso á los de la escolta del padre subir á la roca para apoderarse de ellos; pero el jóven amante con determinado arrojo comenzó á descargar sobre ellos piedras, troncos de árboles y cuanto pudiera haber á las manos. Vista su resistencia, buscó el padre

ballesteros que de lejos los asasteasen. Los jóvenes enamorados no pudiendo salvarse de la lluvia de flechas que sobre ellos caia, y temiéndose ya por perdidos, para no sufrir la ignominia que les aguardaba, se abrazaron estrecha y fuertemente y se echaron á rodar por la peña abajo hasta caer destrozados á los pies mismos de aquel inhumano y sañudo padre. Movió á lástima aquel triste y horrible espectáculo á todos los espectadores, y arrancó lágrimas á los mismos que habian contribuido á ponerlos en tal desesperacion. Los dos amantes fueron enterrados al pie de la roca: que desde entonces se llamó *La Peña de los Enamorados*.

(1) Sobre la muerte del rey don Martin de Aragon, y la situacion en que quedaba aquel reino, es indispensable recordar lo que ya dejamos referido en nuestro capítulo XX., y que fuera impertinente repetir aqui.

Los moros de Gibraltar, ú oprimidos por su gobernador, ó cansados de estar sujetos al rey de Granada, escribieron al rey de Fez Abu Said, ofreciéndose por vasallos suyos si les socorria. El de Fez que deseaba un pretesto para alejar á su hermano Cid Abu Said, de quien por sus prendas y su popularidad se recelaba mucho, aprovechó tan buena ocasion para enviarle con dos mil hombres en socorro de los de Gibraltar. Abrióronle estos las puertas de la plaza: el alcaide, que se habia retirado al castillo, estaba ya á punto de entregarse, cuando llegó el príncipe granadino Cid Ahmed con gente de infantería y caballería, y cercó la ciudad. Pidió Cid Abu Said auxilio á su hermano, pero el emir de Africa, que deseaba perderle, le envió tan corto socorro, que tuvo que entregarse al infante granadino, el cual le llevó prisionero á Granada, donde le trataron con la honra y consideracion de príncipe. A poco tiempo llegaron á Yussuf embajadores del de Fez ofreciéndole su amistad y rogándole que hiciese atosigar á su hermano, porque asi convenia á la quietud y seguridad de sus reinos. Yussuf era demasiado generoso, respetaba demasiado el infortunio, de que él mismo habia estado para ser víctima, para que quisiera convertirse en vil asesino. Por el contrario, le indignó tanto aquella proposicion, que ofreció á su ilustre prisionero sus tropas y tesoros, si queria vengarse de su alevoso hermano. No desechó el ofrecimiento el proscrito benemérito, y tambien

cumplió su oferta el de Granada. No tardó en prepararse una expedición, y puesto á su cabeza el príncipe africano, se encaminó al reino de Fez. Era tal la popularidad de que allí gozaba, que todas las tribus se le iban adhiriendo. A la noticia de su aproximación, salió á combatirle el rey Abu Said, peleó desgraciadamente, y se retiró á Fez con las reliquias de su destrozada suerte. Amotinóse contra él el pueblo, proclamó á su hermano, le abrió las puertas de la ciudad, Abu Said fué recluido en un encierro, donde murió de despecho y de desesperación, y el nuevo rey de Fez mostró su gratitud á su protector Yussuf el de Granada, enviándole esquisitos regalos, remunerando largamente á los guerreros granadinos, y pagándole con una alianza y amistad perpétua <sup>(1)</sup>.

Deseando, pues, el granadino hacer paces con Castilla, envió luego sus cartas á la reina y al infante don Fernando, los cuales vinieron en ajustar una tregua de diez y seis meses, á condición de que el príncipe musulmán diese rescate á trescientos cautivos en tres plazos, lo cual fué cumpliendo á su tiempo. Hecha la tregua, el infante don Fernando licenció sus tropas, y «mandó á sus caballeros (dice sencillamente la crónica) *que cada uno fuese con la gracia de Dios á holgar á su tierra.*» Con esto pasó el infante de Sevilla á Valladolid, donde la reina regente le recibió con los brazos

(1) Conde, Domin. de los Arabes, p. IV. c. 28.—Ayala, Hist. de Gibraltar, lib. II.

abiertos (1411), dándole las gracias por los grandes servicios que habia hecho «á Dios y al rey.» Mas á pesar de la tregua con el de Granada, de la amistad que le ofrecia tambien el nuevo rey de los Benimerines, y de la paz perpétua que al propio tiempo solicitaba el rey don Juan de Portugal, tanto gustaba el infante de que la guerra no le cogiese nunca desprevénido, que llamando á córtes á todos los procuradores de las ciudades y villas, y congregados estos en Valladolid, espúsoles la necesidad de que votasen un nuevo subsidio de cuarenta y ocho cuentos de maravedís, así para cubrir las bajas de caballos que habia habido en la campaña, como para las atenciones de otra guerra que pudiera sobrevenir, espirado que hubiese la tregua de los diez y siete meses que se acababa de pactar con los moros. Las córtes, en consideración al buen uso que el infante habia sabido hacer de los anteriores servicios, no se atrevieron á negarle el que les demandaba, y se procedió á su repartimiento bajo el juramento que hicieron la reina y don Fernando de que no se distraería aquella suma á otras atenciones que las de la guerra, si la hubiese.

A este tiempo el negocio que preocupaba ya todos los ánimos, así en Aragon como en Castilla, era el de la sucesión á la corona aragonesa. Agitábanse los pretendientes, reuníanse los parlamentos en Aragon, en Cataluña y en Valencia, debatíase la cuestión en todos los terrenos, y el infante de Castilla, don

Fernando de Antequera, hacia declarar en juntas de letrados su derecho á suceder en el trono aragonés al rey don Martin su tío. Los millones que las córtes de Valladolid acababan de otorgar para los gastos de la futura guerra contra los moros, los pidió el infante para sí como necesarios para sostener su candidatura contra las gestiones de sus contendientes; la reina se los concedió, si bien tuvo que solicitar del papa la dispensa del juramento que habia hecho de no emplearlos en otros usos y atenciones que las de la guerra. Por último, habiendo declarado y sentenciado nueve jueces elegidos en el parlamento general de Caspe que la corona de Aragon, vacante por la muerte del rey don Martin, pertenecía de derecho al infante don Fernando de Castilla (1412), preparóse éste á tomar posesion del trono á que le llamaban el derecho de herencia y la voluntad de aquellos pueblos <sup>(1)</sup>. Tan luego como le fué notificada su eleccion, la comunicó al tierno rey de Castilla don Juan II., su sobrino y pupilo, dándole las gracias por las honras y mercedes que le habia dispensado, y asegurándole que le serian bien remuneradas, asi como á la reina su madre (29 de junio, 1412). Y nombrando para que le

(1) Habiendo de destinar el capítulo siguiente á la historia de los acontecimientos ocurridos en el célebre interregno de Aragon despues del fallecimiento de don Martin el Humano, hasta la eleccion de don Fernando de Antequera, y los que señalaron el reinado de este príncipe en Aragon, nos limitamos en el presente á indicar las causas que motivaron su salida de Castilla y la cesacion en la tutela del rey y en la regencia del reino.

reemplazasen en la regencia á los obispos don Juan de Sigüenza y don Pablo de Cartagena, á don Enrique Manuel, conde de Montealegre, y á don Perafan de Ribera, adelantado mayor de Andalucía, dejando provistos los principales oficios de la córte, y ordenando que el obispo de Palencia, don Sancho de Rojas, quedase en la provincia que gobernaba la reina para evitar las alteraciones que pudieran mover algunos magnates turbulentos, partió á ceñir la corona con que Aragon le habia brindado, con harto sentimiento de Castilla, que quedaba llorando la ausencia del esclarecido príncipe que con tanta prudencia y sabiduría en tan difíciles circunstancias habia regido y administrado por seis años el reino.

Con la partida de don Fernando faltó á Castilla el sosten de su tranquilidad interior, y quedaba de nuevo espuesta á todos los embates de un reinado de menor edad. Cierta que la tregua con los moros de Granada se habia renovado, y que el reino se conservaba en paz y amistad con los soberanos de Portugal, de Francia y de Navarra; pero echábase de ver la falta del que con su superioridad y sus virtudes habia estado siendo el dique en que se estrellaban las ambiciones de los revoltosos y las envidias de los grandes. Desplegáronse éstas en los siete años que mediaron aun entre la salida del infante y la mayoría del rey (de 1412 á 1419). La reina regente, si bien se habia desembarazado del influjo de algunas indignas favo-